La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 3 de agosto de 1908 — Núm. 1.388

EL ESTÍO, fotografía de Manuel Asenjo, de Madrid

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *Reconciliación*, cuento de Enriqueta Lloreda. – *Viaje de M. Fallieres á las cortes del Norte de Europa. – Londres. Los Juegos Olímpicos. La carrera de Marathón. – París. – La boda de la señorita Fallieres. – La carrera de Nueva York-París. – La telegrafía sin hilos en el Perú. – Problema de ajedrez. – El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *La defensa de los bisontes en los Estados Unidos*, por Marcelo Blot.

Grabados.—*El estío*, fotografía de Manuel Asenjo. – Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *Reconciliación*. – *El altar de la Virgen*, pintura mural de Juan B. Tiépolo. – *Dar de beber al sediento*. – *El Angelus*, fotografías de Manuel Asenjo. – *M. Fallieres en Copenhague y en Estockolmo*. – *Londres. Los Juegos Olímpicos. La carrera de Marathón*. – *La pavera*, cuadro de Francisco Pablo Michetti. — *Persco*, cuadro de Kunz Meyer. — *La señorita Fallieres y su prometido Sr. Lanes*. – *Iquitos (Perú). Estación de telegrafía sin hilos*. – *Carrera Nueva York-París. Llegada del automóvil «Protos» guiado por el teniente alemán Köppen*. – *La defensa de los bisontes en los Estados Unidos*. – *El segundo globo dirigible militar inglés efectuando sus primeras pruebas*. – *Transporte en barca de una casa entera con sus habitantes de un sitio á otro de la orilla del río Hudson (Estados Unidos)*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Son ustedes aficionados á chicos? Yo creo que por lo menos harán una excepción, y no les gustarán los niños en las carreteras y en las calles.

Ignoro qué relación misteriosa hay establecida entre éstas y la mala educación de las criaturas; pero es lo cierto que dejar á un chico diablear en la vía pública es como echar un petardo ó dar suelta á un mono maligno.

En la casa de sus padres, en la escuela, en el campo mismo, en un sendero de aldea, el chico guarda ciertas consideraciones y respetos, atiende á la voz, se rasca la pelona tímidamente cuando le dirigen la palabra, se esconde cuando ha realizado una picardía; pero en la calle y en la carretera, el chico se cree dueño de la situación, y nos hace la vida imposible.

La calle es suya, la carretera también: sólo la vía férrea, gracias á su no menos férrea disciplina, tiene la inapreciable ventaja de estar libre del chiquillo; que es como estarlo de la langosta, el tábano, la filoxera vastatrix y todas las plagas que cayeron sobre Egipto en hora infausta y bíblica.

Diariamente leo diatribas é invectivas contra los automovilistas, por los atropellos que cometen. Nadie aprobará estos atropellos; pero si juzgo por el recuerdo de las veces que he andado en automóvil, lo milagroso es que, tratándose de chiquillería, no sean los atropellos cometidos muchos más. En cuanto ven un trepidante artilugio, los chicos se disputan el honor de meterse debajo, como se disputan los indios, según cuentan, el de tenderse bajo el carro del dios Yagrenates, á fin de que con toda comodidad y precisión los despachurre. No descansan las criaturitas si no se colocan precisamente en el sitio donde no es posible evitar el aplastarlas, y su mayor delicia consiste en incorporarse al auto, en formar un todo con él, en ser hechos cisco por él.

No por eso han perdido enteramente su antigua afición á los coches, sean particulares, sean de línea. Aunque *demodé*, el caballo conserva para los chicos cierto prestigio tradicional. Y especialmente la habilidad y travesura de colgarse del juego trasero, siempre será una de esas cosas altamente atractivas, incitantes, para los pilletes agresivos de la carretera y de la plaza; los que debieran estar en la escuela, y están, por nuestro mal, en todas partes menos allí...

***

La carretera enseña á los chicos la mendicidad, como les enseña la acometividad y el merodeo. Es una especie de hampa y universidad picaresca la carretera; en ella cursan todo género de ciencias de malignidad y barrabasismo. En ella se rozan con los boquirrotos arrieros, con los jacarandosos guapos de arrabal, con los señoritos ecuestres y ciclistas, con las mujeronas que portean al mercado hortalizas y aves, con los cocheros de línea y sus zagales, con burreros y espoliques, obreros que van al trabajo y borrachines que se quedan presos por las patas en la taberna; con mozas de rompe y rasga que salen á hacer sus comprillas; con panaderas de rejo y garbo, capaces de descalabrar al más terne á golpe de mollete de pan; con lecheras ágiles, que llevan en equilibrio el cántaro: con soldados festivos, que tararean el *pon, pon*, y á veces dan en liberales y regalan una perrita lo mismo que si fuesen Rothschild; con labriegos malhumorados, con viejas gruñonas, con curas de paraguas rojo, con marineros y pescadores de bronca voz y léxico de salmuera; con regateras fréneticamente insultantes, aguardentosas, bravías por los cuatro costados; con la hez, la escoria, la espuma, el recuelo de una ciudad, que rebosa por sus alrededores y se vierte en inquietas oleadas, arrastrando experiencia, lecciones de vida. Y los chiquillos ruedan por entre tantos pies, oyen tantas voces, reciben tanto mojicón, que acaban por aprender un sinnúmero de asignaturas, papeletas y cuestiones, y cuando se les pregunta responden demostrando conocimientos, á menos que callen de puro zorros y ladinos. Por los chiquillos puede saberse siempre quién habita una casa, quién la frecuenta, qué género de vida se hace en ella, qué operario trabaja ó huelga, qué costurera tiene novio, qué matrimonio se tira los trastos, qué *sportman* se rompió la crisma, qué matutero pasa géneros sin pedir permiso al resguardo, qué lechera agua más la leche y en qué figón se concertó un robo. Con los chiquillos se envían recados, se toman informes, se ejerce el espionaje y se monta una policía. Nadie está más al corriente que ellos de las horas, sitios y modos de celebrarse festejos, solemnidades, bodas y bautizos, entradas de personajes, inauguraciones y primeras piedras; nadie acierta como los chiquillos á apoderarse del mejor puesto, entrando de balde y disfrutando de cualquier espectáculo más y mejor que los que pagan.

Lo asombroso de los chiquillos es que parecen tener el don de ubicuidad. ¿Dónde habrá rincón, esquina, recodo, ángulo, pico, páramo, solar con valla, montón de escombros, hacina de basura, puerta de café, atrio de iglesia, portal grande ó chico, en que no aparezca un pillete, ó acaso dos, y mejor tres, saliendo de detrás de las puertas y de los esconces obscuros, como los bichejos de humedad y las moscas en otoño?

***

¡Los portales! Claro es que en Madrid, supuesto que haya portero, no están los portales tan infestados de chiquillería; pero donde falta ese funcionario ó funcionaria, los chicos invaden el salón que se les ofrece tan á mano para defenderles de la lluvia, del calor, del frío, de la nieve, de los vigilantes y de las madres amigas de zorregar nalgadas. En provincia, donde los porteros son institución de lujo, los portales presencian hazañas vandálicas de la chiquillería. La decoración, si la hay, es atacada por navajas, trozos de vidrio, puñales de hoja de lata y humazo y fuego de fósforos; las paredes blancas sufren los gráficos y las inscripciones que es fácil suponer; los aparatos de luz eléctrica padecen pedrada; y son también más para adivinadas que para referidas otras demasías del género sucio que en los portales suelen cometerse, para desesperación de inquilinos y furor de caseros... En el portal dan los chicos campales batallas á perros, mininos y mures, y en el portal atisban al enamorado que hace señas al balcón de enfrente, á la menegilda que se avista con el húsar, á la beata que cruza pisando blandito y haciendo sonar su rosario, al curial cargado de papelotes que el viento se encargará de dispersar pronto; á cuantos pasan y no piensan en el ojo siempre avizor, en la curiosidad siempre incansable de los pequeños, decididos á empaparse en la realidad que los cerca y que adivinan más de lo que la estudian...

***

Al paso que observan y fisgonean, molestan y acometen, los chicos juegan, riñen y cantan. ¿Con qué juegan los chicos de la calle, que no poseen juguetes? En eso está el toque: habiendo juguetes, cualquiera juega. ¿No es simpleza meterse en un bazar, comprar el sable, la trompeta, el aro, el cubo, los soldados, y después divertirse con lo adquirido? El asunto es gozar y pegar chillidos de alegría y soltar risas sin fin, y saltar y brincar locamente, siendo el instrumento y vehículo de tanta dicha una lata vieja de petróleo, dos astillas de palo, un poco de *piola*, un periódico atrasado ó un *(¡horresco referens!)* ratón difunto. A los chicos les sirve de juguete el charco de agua, el atullo de barro, el montón de cal á medio gramar, las virutas, las barricas vacías, el clavo oxidado y el desfondado cajón. Si encuentran cosas mejores, como cajas de fósforos con estampa, retazos de cartón dorado, una cabeza de muñeca estropeada, una botella desocupada ó un semanario ilustrado en que abundan los monos, entonces la fiesta es de repique doble.

Escudados por su candorosa desvergüenza, los chicos piden cuanto ven. Si lleváis un ramillete, os demandan una flor; si un cartucho de dulces, quieren su parte; si no lleváis nada, os reclaman tercamente la *perrilla*, el centimillo, desmintiendo su cara de manzana roja y sus ojos chispeantes las lástimas que os cuentan para enterneceros. Y si no les dais, ellos sacan su provecho en miraros y admiraros, en informarse detenidamente de los mínimos pormenores de vuestra indumentaria y vuestra persona; en escuchar lo que habláis, y remedarlo después, burlonamente, celebrando con algazara cualquier frase sorprendida, lo mismo que celebrarían donoso sainete.

***

Hace pocas tardes estábamos en una playa. A nuestro alrededor se formó, como por ensalmo, un corro de chiquillería. Surgían, al parecer, de la arena; salían, garrapateando, de los botes y esquifes varados allí; los arrojaba quizás el mar; no sé; ello es que se juntaron, y nos encerraron en la sortija viviente y bullidora de sus cuerpos, vestidos de percal andrajoso, desteñido, lleno de porquería. La mayor parte de ellos eran criaturas preciosas, rubias, rollizas, saludables, que sólo requerían peine, jabón y estropajo para salir relucientes de belleza y vitalidad, soltando su crasa pátina, la cochambre de su vivir sardinero. A sardina olían, excusado creo decirlo, pues esta sangre roja y bella que cría la orilla del mar, está formada con el saín del plateado pez, con su carne blanca y sabrosa, de acentuado picor. No sin pueril orgullo nos enseñaban sus juguetes, rebuños de algas, conchas vulgares, y un bicho extraño, gelatinoso, que yo no había visto jamás, y que parece hecho de transparente cristal rosa, con vetas de púrpura. Con esto, y puñados de arena, se divertían hasta que nosotros llegamos; pero desde que nos bajamos del coche, comprendieron que éramos más entretenidos aún que las algas y el pingajo de gelatina, y no hubo más remedio que sufrir la proximidad, nada fragante, de aquella pillería de playa.

Se echaron en el suelo para contemplarnos con todo sosiego y calma, y poder fácilmente palpar y examinar la orla de nuestros trajes, el tacón de nuestras botas, la puntilla de nuestras enaguas, el regatón de nuestras sombrillas. En voz muy queda trocaban comentarios acerca de tales particularidades; reían ahogadamente, y silabeaban con una especie de sagrado terror. No se crea, sin embargo, que el arenal es de esos donde en un año no pone nadie el pie. Al contrario, habrá pocos tan concurridos, donde desembarque y embarque con tal frecuencia gente de muy diversas esferas sociales. Pronto la temporada balnearia le animará; incesantemente abordan á él las lanchas. ¿Qué veían en nosotros los chiquillos para asombrarse tanto? Ahí está el quid. Cada persona, ó mejor dicho, cada *señor*, es para los pilletes fuente inagotable de sensaciones, espectáculo de los que no cansan nunca. Y puede ser el *señor* además dispensador de gracias tan preciadas y singulares como una rosquilla, un mendrugo, una moneda de cobre ó un pañuelo de zaraza...

***

Estos niños que se os cuelan debajo de los pies, en los barrios extraviados, en las aldeas comarcanas, en la carretera polvorosa, no son, propiamente hablando, niños menesterosos. En su casa tienen pan —blando ó duro, de trigo ó maíz, pero comestible.— Tampoco van desnudos; algunos hasta revelan la coquetería de las madres en el lacito colorado ó azul puesto en un mechón, á la izquierda de la frente. Lo que no se descubre en ninguno, es huella de refriegue de la tez; lo que falta á estas criaturas es aseo. Muchos ostentan el lazo de cinta sedeña, y van descalzos. Otros, con golpe de entredoses en los delantales, lucen en la faz cada churrete que espanta. Y abandonados, solos, á porfía, se arrojan deliberadamente al paso del automóvil ó del coche, sin perjuicio de que, realizado ya el atropello, la familia salga furiosa, llorosa, trágica, á increpar al cochero y al mecánico. Así viven, robustos y puercos, angelicales y medio bestias, revolcados en cieno y envueltos en tolvanera, inaguantables y chistosos, bravos como espinos, inocentes como palomos, semilla de haraganes y de faeneros, de inútiles zánganos y de míseras abejas...

¡Oh, la escuela, si fuese como la soñamos! ¡Oh, los campos de juego, del juego escolar; oh, la enseñanza cristiana, moderna, el orden, la luz en esas almas semi-salvajes, vivaces, como la fresa en la fresera y el rosal-espino en la mata!

Un desaliento me postra, cada vez que oigo bajo la ventana los corros de niños:

Qué quería usté,
matalile lile lile...

ó escucho, en la carretera: «¡Tralla atrás! ¡Tralla atrás!»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

RECONCILIACION, CUENTO DE ENRIQUETA LLOREDA

—Isabel, que sólo nos separe la muerte..., yo te lo suplico...

Emilio Garándamo medía con paso desigual y nervioso la estancia. Su aspecto exterior revelaba claramente la crisis honda y dolorosa de que su alma era presa.

Aquel hombre en pleno vigor vital, bello, robusto, aparecía demacrado; su barba y cabellera negras yacían descuidadas y surcadas por algunos hilos de plata; el pliegue que de ordinario contraía y ensombrecía su boca y frente, con mueca desdeñosamente escéptica, delatora de prematuros y acerbos amargores, era suplido en aquellos instantes por la ansiedad y el temor.

Por centésima vez se acercó Emilio á la camita, en que, abrasada por alta fiebre, respiraba dificultosamente su hija Lita; un capullito de rosa de cuatro años de edad, de rizos rubios y ojos negros. La niña se revolvía inquieta, febril, palpando con sus calenturientas manecitas el fresco barandaje de la cama. Estrujaba las sábanas, ó bien gritaba pidiendo agua, llamando á la niñera, ó pronunciando palabras entrecortadas, incoherentes.

Seis días hacía que Lita enfermó, y lo que en un principio pareció ligera fiebre gástrica, amenazaba degenerar en grave mal; tanto que el anciano médico rural se declaró exento de toda responsabilidad, caso de sobrevenir la temida y casi inevitable complicación.

Emilio había suplicado en términos apremiantes á un su amigo, doctor de gran renombre, que viniera allí á su casa de las cercanías de Toledo á poner remedio, si aún era tiempo, al mal de su hija. Pero el médico madrileño, que debió haber llegado al mediodía, no lo efectuó, y ya era cerca de media noche y sin esperanzas.

¡Y él solo allí con su hija! ¡Impotente para detener el mal! Más impotente aún para salvarla. Y en cada rincón de la alcoba bañada por la luz azulada, tenue de la mariposa; en cada hueco de los balcones; en cada pliegue de los cortinajes, creía ver la Parca, que se reía, con castañeteo de choquezuelas, burlándose de él, esgrimiendo su guadaña, pronta á segar la vida de su hija.

El delirio de Lita era aquella noche un puñal que sentía el pobre padre revolverse en su corazón. La inocente criatura no cesaba de llamar á su madre con desgarrador y desesperante acento.

En uno de los accesos se incorporó en la cama, y sacudiendo la dorada cabecita, que brilló con reflejos áureos, exclamó:

—¡Papá!.. ¡Ven, mi papá..., tú tráeme á mi mamá!.. ¡Yo lo quiero!.. ¡Quiero... ver á mi mamita!.. ¡Que venga pronto!..

Emilio hacía inauditos esfuerzos por calmar á su hija; la besaba, enjugaba el sudor que bañaba su frente, separaba amoroso los ricitos que el sudor apelmazaba en las sienes... Hacía comprender á la pequeña lo imposible que era hacer venir á mamá, por encontrarse ésta haciendo un largo viaje y estar además muy malos los caminos, puesto que era nada menos que invierno... Después cuando hiciese buen tiempo... ya vendría ya... Y añadió tras hondo y doliente suspirar:—«Querida mía, olvida á mamá, duerme tranquila, bebe esta cucharadita de medicina que te doy, y no hables, ¿sabes?»

Los ojos de Lita se abrieron desmesuradamente, brillando las negras pupilas, dilatadas, febricientes; las mejillas, muy rojas, fueron surcadas por llanto que partía el alma, y por entre los resecos labios dejó escapar un gemido, gorjeando débilmente: «¡A mí... no se me olvida mi ma...má!..,» y tomando la pócima dejóse caer en la almohada, lacia, quebrantada, llena de congojas, durmiéndose á poco con sueño inquieto, interrumpido de vez en vez por comprimidos y gimientes suspiros.

Emilio besaba á Lita apasionadamente en la boca, en las manos, en la frente... El desgraciado padre se ahogaba; un nudo le atenazaba la garganta; sentía que le faltaba aire, y martirizado por los recuerdos, devorado por la impaciencia se dirigió al balcón del gabinete, lo abrió y se asomó, dirigiendo la vista al cielo, que estaba tan negro como sus penas, tan cargado de nubes como su pecho. Mas ¡ay! que las nubes que flotaban sobre su cabeza estallarían con cataratas de agua y se aligerarían de peso; pero la nube que abrumadora pesaba sobre su corazón, no estallaría en lágrimas: ¡porque los hombres no lloran! Al menos Emilio entendía que no debían llorar.

Acodado en el barandal escudriñó con la mirada; solamente divisó negruras; mas acostumbradas las pupilas á la obscuridad, columbró las esqueléticas figuras de los árboles, que despojados de hojas crujían macabramente impelidos por el cierzo invernal.

Hacía seis años que Emilio contrajo matrimonio con la ideal rubia Isabel. Días de ventura habían sido los suyos, porque aquel matrimonio lo hizo el amor.

Mas cuando su felicidad era mayor, la duda, los celos, los terribles celos destruyeron de un zarpazo aquel idilio.

La envidia engendró la calumnia. Continuos y mal intencionados anónimos perturbaron la mente de Emilio, que no vió, que no creyó en la inocencia de su esposa.

Isabel tenía un primo de su edad, Carlos. Se amaban fraternalmente, pues durante la infancia estuvieron siempre muy unidos, compartiendo á menudo sus juegos.

Ya mayores, siguieron queriéndose como hermanos, comunicándose entonces sus amoríos, conquistas y ensueños.

Isabel fué siempre una joven juiciosa, pero Carlos salió algo calavera, por cual motivo la primita solíale sermonear.

Carlos fué el instrumento de que se valió la calumnia para mancillar la honra de Isabel.

Y lo que en un principio vió Emilio natural, como era que Carlos acompañase á Isabel algunas veces, puesto en guardia por los anónimos—por esa máscara propia de necios, cobardes ó bandidos,—lo encontró pecaminoso y execrable. Observó. Y en palabras, en gestos, en nimios detalles, creyó notar la falta palpable y efectiva.

El carácter dulce, angelical de Isabel lo conceptuó

hipócrita; sus caricias siempre tan anheladas las recibía con prevención, y aunque ocultaba en lo posible su lucha interior, sorda y cruel, no pudo escapar este cambio á la penetración de Isabel, fina como la de casi todas las mujeres.

Mas la cándida mujer creyó que aquellas frialdades ó rarezas tendrían por origen el abrumador trabajo que pesaba sobre el bufete de su marido; así que redoblaba caricias y atenciones para con él. Emilio, cada vez más exasperado y obcecado por la inquietante y perturbadora duda, sentía como los celos, cual sierpe maligna de fuego, iban paulatinamente enroscándose en todo su ser; iban infiltrándole, despertándole, ansias, sed de sangre... Su cólera estaba pronta á estallar, impetuosa, arrolladora, cuando un incidente precipitó los acontecimientos. ¡Oh! Todavía recordaba horrorizado aquel día, pronto haría un año, en que fué en busca de Isabel á su gabinete, y allí junto á las patitas torneadas del secreter, en el suelo, vió un papelito doblado, que cogió y leyó con avidez. Decía así: «Estoy muy enfermo. Ven sola, prima mía. Debo comunicarte algo muy grave. *Carlos.*»

Emilio dedujo que aquello *grave,* á que aludía el billetito, era que sospecharía que Carlos iba á descubrir su infame traición. Estrujó iracundo el papel, del mismo modo que hubiera estrujado la garganta de los culpables, y con paso precipitado, fuese derecho adonde vivía Carlos.

Allí encontró los *hechos,* pues la cara asustada de ambos, como el que se ve sorprendido infraganti...; el encontrarse encerrados en la alcoba... ¡Que le vinieran á él con argumentaciones! «¡Canallas!», rugió fieramente, y no quiso escuchar á Carlos, que le daba y pedía explicaciones; ni atender á Isabel, que se desmayó.

Loco de furor, y herido en lo más profundo de su ser, regresó á su casa y tomando á Lita, marchóse precipitadamente á su caserío de Toledo, no sin estampar primero en un trozo de papel: «Me llevo á mi hija, porque la que no ha sabido ser buena esposa, tampoco sabrá ser buena madre.»

La vida de Emilio se deslizaba desde aquel episodio triste y desesperada; Lita no olvidaba á su madre, y él no se atrevía á engañarla diciéndole que había muerto. «¡Ojalá hubiera muerto..., ojalá muriese!..,» pensaba muchas veces crispando los puños y apretando los dientes.

En aquel su retiro vivía ignorado para todos, menos para su madre, que en párrafos sentidos le decía: «Hijo mío: Isabel es inocente, yo te lo aseguro. El secreto de Carlos era algo que se refería á querer cumplir un deber de conciencia. Tenía un hijo, al cual no quería dejar en el desamparo. Como sabes, está mal con su familia, debido á sus calaveradas, y deseó confiarse en su prima.

»Tu cariño excesivo te cegó á la verdad; las pruebas que tomaste por buenas son falsas. La mayor parte de las veces labramos nuestra desgracia: tú has destruído tu dicha...»

Esto era calificado por Emilio como una *mentira piadosa* de su madre.

Un agudo silbido le estremeció, sacándole súbitamente de la abstracción en que estaba sumido; era un tren de mercancías que pasaba por la cercana estación. Esto recordó á Emilio que el expreso no tardaría en pasar, y como concibiera la esperanza de que acaso el doctor viniera en aquel tren, cerró el balcón y ordenó á uno de los criados que saliera con una linterna á explorar el camino.

Lita dormitaba un poco más tranquila. Emilio dió algunos paseos por la alcoba, presa de mortal angustia. Por último se replegó en una butaca, oprimiéndose la frente con las manos, y efecto del cansancio y crisis moral de que era víctima, quedóse aletargado.

Entre tanto Lita abría los ojos á intervalos. Continuaba pensando fijamente en su mamá. Dirigía miradas vagas á su padre, á los muebles, á los cortinajes.

Pasaron unos momentos. De improviso el portier que ocultaba la puerta de acceso se descorrió con suavidad, dejando al descubierto la figura esbelta de una mujer enlutada, cuyo rostro, fino como de figulina, estaba intensamente pálido en aquel instante: era Isabel. La seguía el médico esperado tan impacientemente.

La pequeña miró ávidamente, y sin sorprenderse, como cosa esperada, gritó:

—Mamá..., mamá, ¿por qué has tardado tanto en el viaje?..

Isabel abrazó á su hija en un transporte de cariño rayano en demencia.

Emilio, puesto en pie como impulsado por una corriente eléctrica, consideraba insólito, sobrenatural, lo que veía. Estaba estupefacto. ¿Cómo se había atrevido Isabel á llegar hasta allí?

Indudablemente, la pequeña estaba alucinada y él... estaba sugestionado.

La voz conocida, simpática, de timbre imperativo y vibrante del doctor su amigo trájole á la realidad, y con paso de autómata se aproximó á la cama de la enfermita y oyó como Lita lo llamaba agitando un bracito, en tanto que con el otro oprimía fuertemente el cuello de Isabel.

—Papá..., articuló débilmente la pequeñuela, sujeta á mi mamaíta para que no se marche, ¿oyes? Que no se marche más de viaje...

Y como Emilio no obedeciese á estos requerimientos y permaneciese impasible, ceñudo, sin conmoverse ante las súplicas de Lita, ésta, impaciente, cogió las puntas del pañuelo de seda que tenía anudado al cuello y tiró... Tiró desesperada, amenazando estrangularle, obligándole al fin á inclinarse y juntar su cabeza con la de Isabel, á percibir el hálito de aquella que tanto amó y ahora aborrecía; á escuchar de cerca sus sollozos sofocados y el tictac presuroso de su corazón...

De pronto dejó Isabel de sollozar, se irguió y con entonación segura, entera, firme, estrechando contra su pecho á la hija de sus entrañas, dijo solemne y lentamente:

—Emilio, por la salud de esta inocente criatura yo te juro que ¡jamás!.. ¡jamás! fuí culpable...

Y se quedó mirando á su marido, con la frente alta, la mirada serena, y esperó su fallo.

Él á su vez se estremeció al choque de las pupilas azules, transparentes, claras como la verdad misma. Al fijarse en el rostro de Isabel, marchito y hollado por profundo sufrir, se turbó...

Las manos de Lita buscaron las suyas, y angustiosa, con vocecita temblante, gorjeó la niña:

—Papá..., di tú á mamá... que no se vaya más...

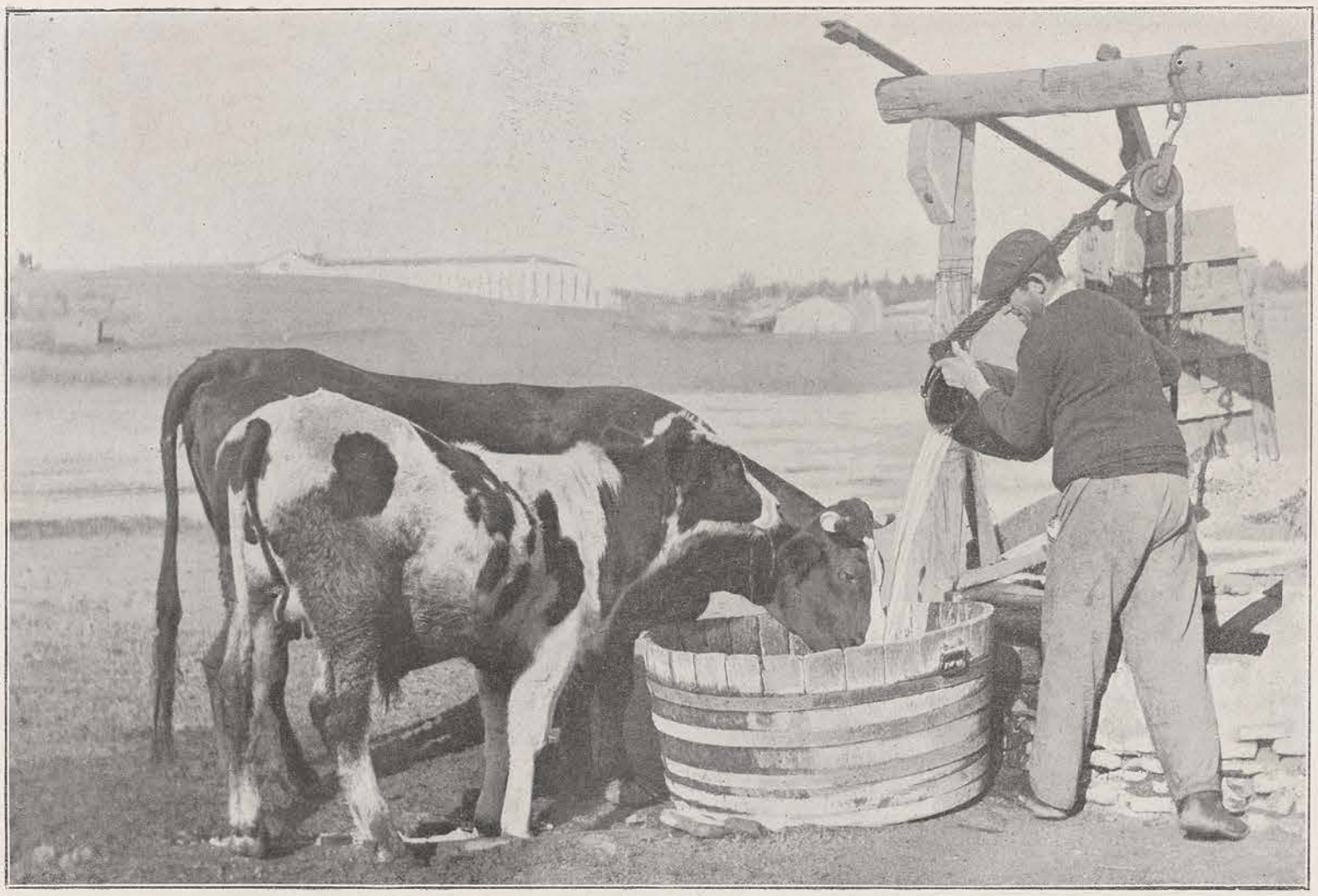
Por toda respuesta, Emilio abrió los brazos estrechando á la madre y á la hija, murmurando con emoción:

—Isabel, que sólo nos separe la muerte..., yo te lo suplico. Y por la salud de nuestra hija, ¡perdóname!

Las lágrimas de los tres se confundieron, porque los hombres, ¡oh!, también lloran á veces.

(Dibujo de Sardá.)

El altar de la Virgen,
pintura mural de Juan B. Tiépolo, que se conserva en la iglesia de Santa María del Rosario de Venecia



Dar de beber al sediento, fotografía de Manuel Asenjo, de Madrid

El Angelus, fotografía de Manuel Asenjo, de Madrid

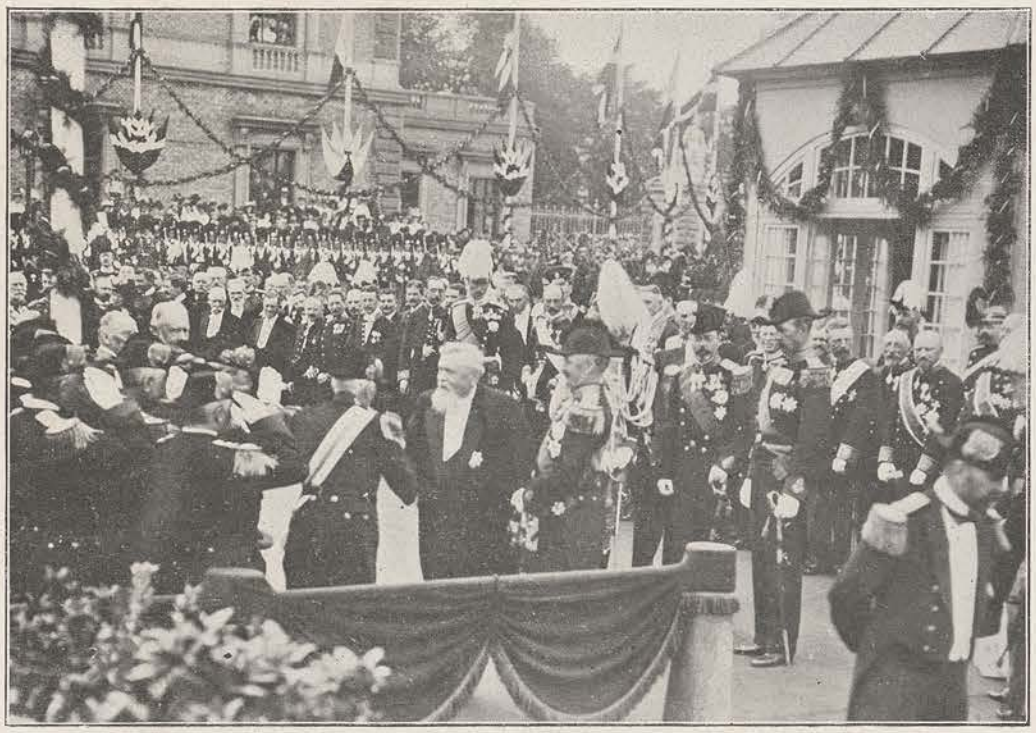
VIAJE DE M. FALLIERES

Á LAS CORTES DEL NORTE DE EUROPA

Continuando el relato del viaje del presidente de la República francesa, daremos las notas más salientes del último día de su estancia en la capital de Dinamarca y de su permanencia en Estockolmo.

El día 22 por la mañana recibió á la colonia francesa de Copenhague, visitó el castillo de Rosemborg, museo de los reyes de Dinamarca, y el museo del gran escultor Thorwaldsen, y almorzó con los soberanos en el histórico castillo de Frederiksborg, regresando luego á la capital. Después de haberse despedido de la reina, embarcóse M. Fallieres en la chalupa real, acompañado del rey Cristián VII y de los príncipes, y se dirigió al acorazado *Verité*, que, al poco rato, levó anclas, emprendiendo la ruta de Estockolmo.

El presidente llegó á la capital de Suecia el 24 por la mañana. Gustavo V, con algunos miembros del gobierno y las personas que habían de formar el séquito de M. Fallieres, salió al encuentro de la escuadra francesa y almorzó á bordo del *Verité*. Después del almuerzo, el rey regresó al muelle para recibir oficialmente á su ilustre visitante, que pocos minutos después desembarcaba entre las aclamaciones de la multitud. Llegado al palacio real, el presidente saludó á la reina Victoria Luisa, que le esperaba rodeada de las princesas y en compañía de la cual tomó M. Fallieres el te. Visitó luego la iglesia de Riddarholmen, panteón en donde descansan los reyes y los grandes hombres de Suecia, y por la noche fué obsequiado con un banquete de gala. Ocioso es decir que en aquel acto se cambiaron entre los dos jefes de Estado los discursos de rúbrica afirmando la amistad que une á las naciones sueca y francesa y brindando por la prosperidad de cada una de ellas.



En Copenhague.—El rey Cristián VII presenta á M. Fallieres á los altos dignatarios de la corte. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Al día siguiente efectuóse una excursión al castillo de Gripsholm, preciosa residencia real que constituye una de las maravillas de Suecia. Después del almuerzo, que se sirvió en el gran salón de fiestas, el presidente, el rey, los duques de Sudermania y de Neurice y sus séquitos visitaron detenidamente el castillo, y regresaron á Estockolmo en vapor, atravesando el hermoso lago de Mailán. Por la noche M. Fallieres dió en la legación de Francia una comida en honor de los reyes, á la que asistieron, además de éstos, elevados personajes de la corte y del gobierno. Terminado el banquete, los coros de estudiantes de Estockolmo, que gozan de grande y merecida fama, cantaron algunas antiguas canciones patrióticas suecas, y una flotilla de veinte barcos espléndidamente iluminados desfiló por delante del edificio.

El día 26 M. Fallieres recibió en audiencia á algunos miembros del gobierno sueco y á la colonia francesa, y terminada la recepción, asistió al almuerzo de despedida con que los soberanos le obsequiaron en el palacio real. Por la tarde, acompañado del rey, visitó los principales monumentos de Estockolmo y el magnífico parque del Scaucen, despidiéndose luego de la real familia y embarcándose en el *Cassini* y luego en el *Verité*, que por el poco fondo de la rada se había quedado fuera de ésta.—R.

En Estockolmo.—M. Fallieres despidiéndose del rey Gustavo V y de los príncipes, dignatarios de la corte y miembros del gobierno
(De fotografías de M. Rol y C.ª)

LONDRES. — LOS JUEGOS OLÍMPICOS
LA CARRERA DE MARATHÓN

El día 24 de julio último celebróse la carrera de Marathón, que puso remate á los Juegos Olímpicos londinenses. Era esta la prueba que más interés despertaba, y á presenciarla acudieron al *stadium* más de 100.000 espectadores, aparte del público inmenso que se agolpaba en los alrededores del mismo y en los sitios por donde habían de pasar los corredores. Fué además una prueba emocionante y, al final, eminentemente dramática.

A las cinco y cuarto resonó en el *stadium* un grito formidable; era que entraba en el recinto el primer corredor, el italiano Dorando, quien, demudado, vacilante, cayó al poco rato de penetrar en la pista. Precipitáronse á socorrerle multitud de personas; incorporóse, corrió unos metros más y cayó de nuevo; volvió á levantarse ante las excitaciones de los que le rodeaban y volvió á caer, repitiéndose este doloroso espectáculo cinco veces, hasta que el infeliz se desplomó al parecer exánime.

Resonaron entonces nuevas aclamaciones, saludando al norteamericano Hayes, que á su vez entraba en el *stadium* y que corría á buen paso, aunque visiblemente fatigado. Faltábanle sólo treinta metros para llegar á la meta, y Dorando continuaba tendido en el suelo como un cadáver. Entonces los entrenadores y los árbitros dijéronle al italiano que se acercaba su competidor, y el infeliz, haciendo un esfuerzo sobrehumano, púsose de pie y corrió unos metros, cayendo nuevamente como una masa inerte. La victoria de Hayes parecía segura; pero cuando todo el mundo creía que iba á ganar la carrera, Dorando se levantó maquinalmente y en un supremo y prodigioso arranque salvó los cinco últimos metros que le separaban de la cuerda de llegada y fué recogido, sin sentido, en brazos de los jueces.

Inmediatamente después de él llegó el norteamericano que, extenuado también, se desplomó apenas hubo pasado la meta. El tercero fué el sudafricano Hefferon, único que hasta el fin se mantuvo fuerte y sin aparentes señales de cansancio. Durando había empleado en la carrera (41.500 metros) dos horas, 54 minutos y 36 segundos.

El vencedor, sin embargo, fué descalificado por el jurado á pretexto de que al final de la carrera había sido auxiliado por varias personas, y el premio, en su consecuencia, se ha concedido á Hayes, contra el cual también protestó Hefferon, fundándose en los mismos motivos que habían determinado la descalificación de Durando.

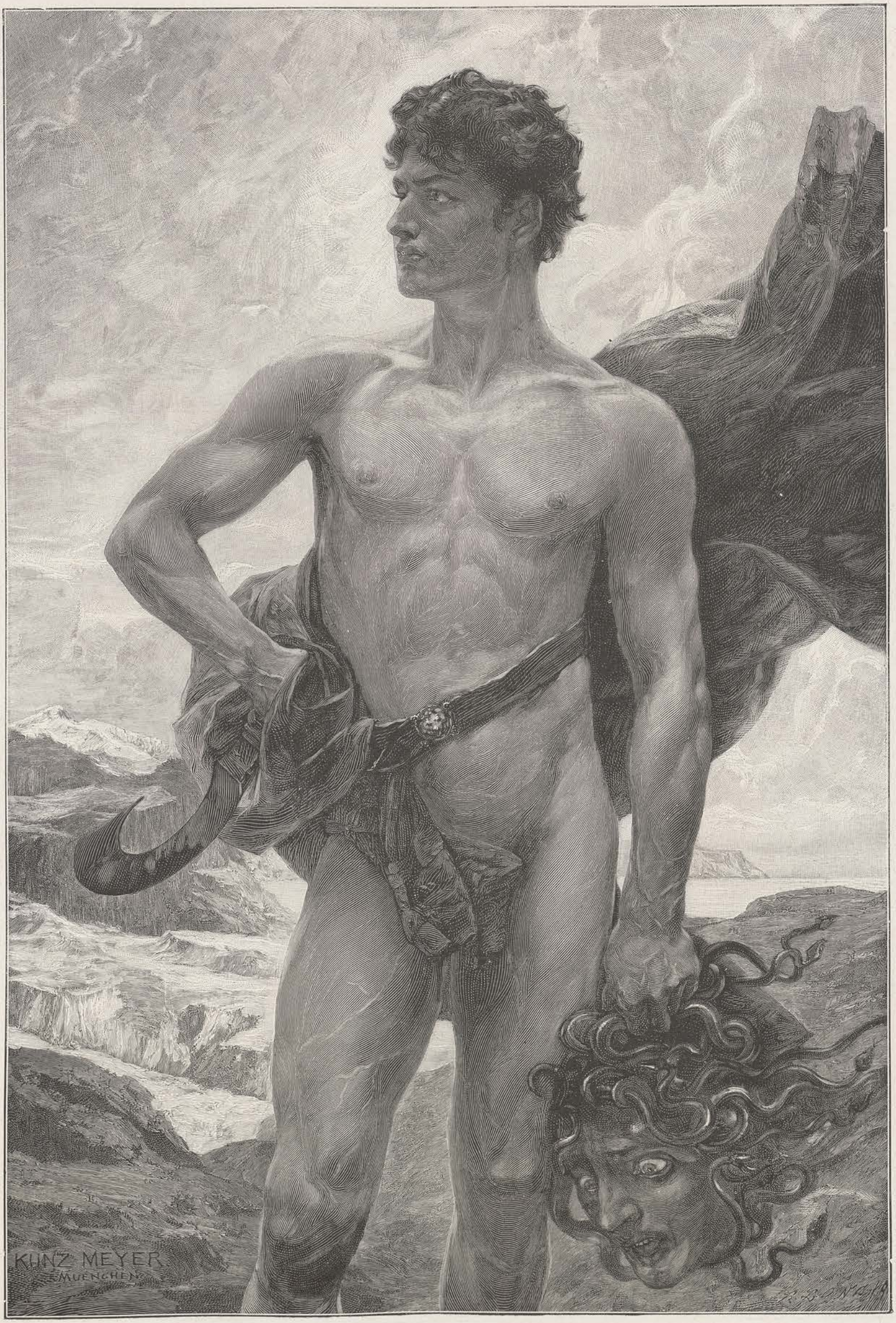
La decisión del Jurado ha merecido grandes censuras, pues la inmensa mayoría del público niega que Durando recibiese auxilios materiales de nadie, y sostiene que si se le acercaron varios individuos culpa es de los organizadores de la carrera, que no supieron hacer que la pista estuviese despejada.

La misma reina Alejandra, comprendiendo la poca equidad del fallo, ha regalado á Durando una magnífica copa de oro que personalmente le entregó en el acto oficial de la distribución final de premios.—S.

Londres.—Los Juegos Olímpicos. La carrera de Marathón.
El italiano DURANDO, primero que llegó á la meta y á quien luego descalificó el Jurado, otorgando el premio al norteamericano HAYES

La carrera de Marathón. Los corredores en la bajada del castillo de Windsor. (De fotografía de Underwood et Underwood, Londres.)

LA PAVERA, cuadro de Francisco Pablo Michetti



PERSEO, cuadro de Kunz Meyer

PARÍS.—LA BODA DE LA SEÑORITA FALLIERES

El día 10 de los corrientes se efectuará la boda de la señorita Fallieres, hija del presidente de la República de Francia, con el Sr. Lanes, secretario general de la presidencia. Este enlace despierta gran interés en París, no sólo por la calidad de los novios, sino también por las muchas simpatías personales de que éstos disfrutan.

El futuro yerno del jefe de Estado francés no es solamente un precioso colaborador de éste, que desde hace mucho tiempo ha podido apreciar debidamente sus méritos, sino que es además un amigo antiguo que, durante veinticinco años, ha seguido su suerte parlamentaria con tanta lealtad como desinterés, sin ambicionar nunca las compensaciones que suelen ser generalmente consecuencia de las posiciones privilegiadas. Oriundo, como M. Fallieres, del departamento de Lot y Garona, el Sr. Lanes fué primero secretario particular de aquél, y cuando el hoy presidente fué nombrado ministro, desempeñó á su lado el cargo de jefe de gabinete en los ministerios del Interior, de Instrucción Pública y de Justicia sucesivamente. Como secretario acompañóle también cuando fué elegido presidente del Senado, y finalmente, al ser elevado á la presidencia de la República, M. Fallieres le confió la dirección del secretariado general del Elíseo, cargo importantísimo en cuyo desempeño ha podido demostrar su gran inteligencia y su perfecta cortesía.

La señorita Fallieres, que por su talento, su bondad y su amable trato se ha conquistado universal aprecio, ha querido que al matrimonio civil acompañe el religioso, ceremonia á la cual han resuelto asistir todos los miembros del gobierno.

La señorita Fallieres, hija del presidente de la República francesa, y su prometido Sr. Lanes
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

PARÍS.—LA CARRERA NUEVA YORK-PARÍS

El domingo, 26 de julio último, llegó á París el primero de los automóviles que han tomado parte en la carrera organizada por el diario *Le Matin* entre las capitales de los Estados Unidos y de Francia. Dicho automóvil, el *Protos*, es alemán y ha sido conducido durante todo el viaje por el teniente Kœppen, quien, en unión de sus dos compañeros, fué calurosamente aplaudido por el público al apearse delante de la redacción del citado periódico.

Durante la carrera, hubo de reconocerse la imposibilidad de atravesar la península de Alaska y el estrecho de Behring, en vista de lo cual los concurrentes desistieron de su empresa, excepto sólo el americano Roberts y el teniente Kœppen, á quien el emperador ordenó terminantemente que prosiguiese el viaje, costase lo que costase.

Los dos campeones llegaron por mar á Vladivostock y desde allí continuaron la carrera al través de Siberia, Rusia y Alemania.

El teniente Kœppen efectuó ya el año pasado el difícil y penoso *raid* Pekín-París.

La carrera Nueva York-París comenzó el día 13 de febrero, según dijimos en el número 1.366 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, de suerte que el viaje del vencedor ha durado ciento sesenta y cinco días.

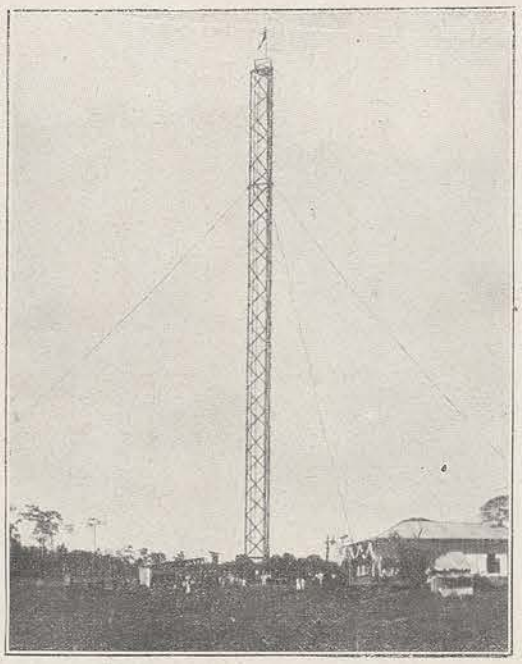
LA TELEGRAFÍA SIN HILOS EN EL PERÚ

El trascendental invento del célebre Marconi propágase rápidamente en todo el mundo y con profusión pasmosa instálanse cada día nuevas estaciones destinadas á transmitir al través del aire el pensamiento humano y que establecen lazos de comunicación constante hasta con los grandes transatlánticos que hasta poco tiempo ha cruzaban los mares en absoluto aislamiento.

La telegrafía sin hilos es indudablemete la invención más maravillosa de nuestros tiempos y es asimismo una de las que pueden reportar mayor utilidad práctica; de aquí el desarrollo que ha adquirido aun en los más apartados lugares.

La estación que el adjunto grabado reproduce ha sido inaugurada en junio último en Iquitos, capital de la provincia del Bajo Amazonas (Perú), para comunicar esa ciudad con Lima, distante de ella 400 leguas.

La fotografía reproducida nos ha sido enviada desde Iquitos por el Sr. Mosquera, á quien damos las gracias por su atención.



Iquitos (Perú).—Estación de telegrafía sin hilos recientemente inaugurada. (De fotografía)

París.—Carrera Nueva York-París. Llegada del automóvil «Protos» guiado por el teniente alemán Koeppen. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

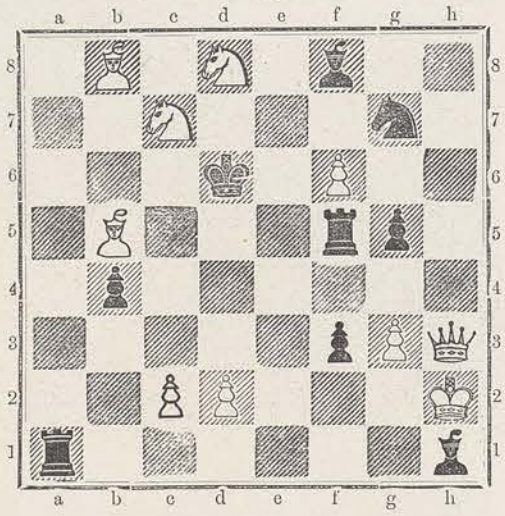
Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro del Tívoli *Las bribonas*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Viérgol y Calleja, música del maestro Torregrossa; y en el teatro Nuevo *Mayo florido*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Paso y Abati, música del maestro Lleó.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 502, POR V. MARÍN

2.° premio del Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1904.

NEGRAS 9 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 501, POR V. MARÍN

Blancas	Negras.
1. g 3 - g 4	1. T c 3 × h 3
2. A e 1 - g 3	2. C h 5 × g 3 jaque
3. A c 2 - h 7 mate.	

VARIANTES.

1..... T g 5 - f 5; 2. A c 2 - d 3 jaq., etc.
T g 5 × e 5; 2. C d 5 × c 3 jaq., etc.
T c 3 - e 3; 2. D h 3 × e 3 jaq., etc.
C h 5 - g 3; 2. C d 5 - f 4 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. A c 2 - d 3 jaq , ó C d 5 × c 3 jaq., etc.

Para dar al cutis frescura seductora y suave aterciopelamiento, las parisienses usan la

CREMA DE SIVA

la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana. COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS.—De venta en todas las buenas perfumerías.—Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª—Madrid.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)

... y un pedazo de clavo lleno de herrumbre que encontró al hacer la limpieza...

Zoe aguardó con impaciencia la contestación del emisario. El arte con que el Sr. Kirileff iba preparando el desenlace despertaba sus aficiones críticas. Considerándolo desde el punto de vista literario, hubiera aplaudido de buena gana la descarada mentira con que respondió á lo manifestado por Irene.

—Permítame, señora, que le diga que esas cosas se traslucen siempre de un modo ó de otro. Si nosotros conocíamos sus intentos, hablo de la institución que tengo la honra de representar, y velábamos por su seguridad, sin que supiera usted que los conocía también el conspirador Panagiotis, ¿qué de particular tiene que estuviesen enterados del mismo modo esos dos instrumentos suyos?

—Pues si usted velaba por mi seguridad, lo único que puedo decirle es que sus medidas han dejado mucho que desear, contestó Irene con viveza. Tengo que decirle además que acaba usted de aplicar un calificativo muy ofensivo á un caballero y á una señorita á quienes á consecuencia de los sucesos del mes pasado me veo obligada á mirar con la mayor consideración del mundo.

—Lo siento muchísimo, señora, y hubiera deseado vivamente que se hubieran declarado á usted, pues de este modo no me vería yo ahora en la triste precisión de demostrarle que valen muy poco. Son los cómplices del gran conspirador Panagiotis en el asunto de privarla de los derechos que le legaron sus imperiales antecesores.

—Pero estoy viendo, caballero, que usted no dice más que desatinos, cosas enigmáticas que no tienen pies ni cabeza.

—Sí, señora, le parecerán á usted desatinos; pero si preguntase usted á ese hombre y á esa mujer (y con el dedo acusador señaló á Mauricio y á Zoe, que hacían grandes esfuerzos por comprender lo que decía el otro en francés, porque hablaba muy de prisa), le contestarían que su verdadero apellido no es Smith, sino Teffany, y que son descendientes del hermano mayor del antecesor de usted, de León, hijo del emperador Juan Theophanis.

—¡No diga usted un absurdo semejante!, exclamó Irene indignada.

—Ha ido usted, señora, á buscar precisamente la única palabra que cuadra á la presente situación. Es un absurdo, sí, señora; pero permítame usted que continúe un momento más. Fueron educados por su abuelo, un propietario muy respetable llamado Smith, quien entrado ya en años se imaginó que era descendiente del último emperador cristiano. Esa alucinación hubiera muerto indudablemente con él sin ninguna clase de consecuencias; pero desgraciadamente llegó á oídos de esa tea incendiaria que se llama Panagiotis, en uno de sus viajes á Inglaterra en busca de partidarios que le secundaran en su propaganda demoledora. El ilustre padre de usted no quiso dar oídos á nada de esto, porque prefería esperar, en digna pasividad, los resultados de la diplomacia de su augusto amigo, el emperador de Escitia, á ponerse á la cabeza de una conspiración revolucionaria. Viendo entonces que sus proyectos no tenían razón de ser, se encontró Panagiotis de la noche á la mañana con el medio de proseguir sus planes y de vengarse á la vez de la hija del padre de usted. Su objeto es presentar un heredero mucho más directo. Ahora podrá usted fijarse, señora, en la marcha que han llevado los sucesos. Su irreflexiva determinación de emprender de pronto una peregrinación á los santuarios que están más íntimamente enlazados con las devociones de su familia, la ha puesto á merced de la conspiración tan hábilmente urdida, que ni aun nosotros, que secretamente velamos por usted, cono-

cemos en este momento hasta dónde llega su alcance. El diabólico Panagiotis vió que había llegado el momento de obrar, y dió instrucciones á sus instrumentos para que por medios arteros se relacionaran con usted y lograran su confianza.

—Está usted engañado, caballero, dijo Irene haciendo un supremo esfuerzo lleno de dignidad. Fuí yo precisamente quien buscó á la señorita Smith.

—Perfectamente, señora; yo siento en el alma el verme en la necesidad de tener que indicarle que esa reserva aparente que demostraban no era otra cosa que el medio de que se valían para picar la curiosidad de una señorita que acababa de emanciparse de las cortapisas que le imponía su alcurnia, y á quien podían creer llena de inocente curiosidad por enterarse de quiénes eran sus opulentos compañeros de viaje.

El rostro de Irene se tornó en aquel momento del color de la púrpura, y Zoe no pudo por menos de sonreirse al recordar cómo había sido su primera entrevista.

—La estratagema surtió su efecto correspondiente, siguió diciendo el emisario. Al cruzar la frontera rumi, los conspiradores, en unión de otro cómplice que se hace pasar por oficial del ejército inglés, se habían ya apoderado de la confianza de S. A. R. Lo digo con toda lealtad; á no haber ocurrido la catástrofe del puente, que no puedo por menos de creer que fué providencial, porque gracias á Dios no tengo nada de ateo, no sé lo que hubiera ocurrido. No podré decir si la habrían dejado llegar viva á Therma ó no. El aspecto vulgar é inofensivo de sus acompañantes fué precisamente la causa de que no infundieran sospechas, y dudo mucho que mis agentes hubieran podido conocer á tiempo su verdadero carácter. Pero si hubiera usted llegado á Therma y hubiera aceptado la falaz hospitalidad de Panagiotis, yendo á su quinta de recreo, no puede caber la menor duda de que no hubiera usted vuelto á salir de allí con vida, ó por lo menos no hubiera usted quedado nunca en libertad, por ser usted un gran obstáculo para sus planes. Sus proyectos no los puede realizar nada más que con la muerte de usted, ó con la alternativa, muy degradante por cierto, como princesa y como mujer, tanto, que yo no me atrevo más que á indicárselo á usted.

—Oye, Zoe, interrumpió Mauricio al tropezar su mirada con la de Irene, que sintiéndose ya desfallecida de vergüenza, buscaba en vano donde fijar la vista y al verle cambió de color. ¿Qué está diciendo ese bribón? Dile que hable inglés, y si no lo sabe, que te deje traducir sus palabras. No sé de lo que trata, pero lo que sí sé es que está haciendo sufrir mucho á Irene.

—Dice que somos unos impostores y que nos hicimos amigos de Irene en el camino á fin de llevarla engañada á casa del profesor, para matarla allí, dijo Zoe sucintamente.

—¡Qué disparate! ¿Cómo puede usted oir con calma todos esos desatinos, Irene? Creo que nos conoce ya demasiado para dar crédito á lo que le está diciendo ese hombre. Zoe y yo se lo explicaremos todo en cinco minutos, si quiere que nos veamos en cualquier sitio donde no esté ese sujeto, que me parece que se está ocupando de cosas que maldito lo que le importan.

—No hablo inglés, dijo con mucha suavidad el Sr. Kirileff, y también con mucha facilidad, según comprobó luego Zoe; pero me parece que ese joven se equivoca respecto al grado de confianza con que me honra usted, señora. Ha de saber que ya no está usted sola, que tiene usted quien la proteja, porque el escudo de Escitia se ha interpuesto entre la real persona de usted y los malvados designios de sus enemigos. No puedo menos de admirar como se merece el medio á que ha recurrido la Providencia, valiéndose del crimen atroz de los bandidos para preservarla del inminente peligro que amenazaba su vida y tranquilidad. El impostor no se atrevió á presentarse bajo su verdadero carácter, porque sabía perfectamente el amor que los bandidos tienen, aunque mal puesto, á la idea eslava y exharquista; la necesidad de conservar la confianza de usted les obligó á tratarla con circunspección y respeto. Después de haber pagado el rescate y de hallarse usted otra vez á merced suya, hubiera vuelto usted á estar en gran peligro, peligro que he tenido la suerte de disipar trayéndola aquí. Mis medidas han sido atropelladas; confieso que han sido hasta violentas; pero después de todo comprendo que no podía elegir otras, y estoy muy satisfecho al ver que han dado resultado.

—Su adhesión, caballero, merece mi más profunda gratitud, dijo Irene sacando fuerzas de flaqueza. No siento tener que confesar que sus revelaciones me dejan confundida y anonadada. Tanta traición, tanto engaño, donde únicamente creía ver lealtad y respeto, me parecen verdaderamente cosas increíbles. Ese descarado ataque á mis derechos... Pero diga usted, ¿qué conducta voy á seguir sobre ese particular?

—En mi opinión, señora, y si es que puedo decirlo respetuosamente, creo que deben tenerla en cuenta mis superiores, no hay lugar más á propósito para detener á los culpables que este mismo. La manera más humanitaria, así como la más conveniente, de poder apreciar lo que ocurre, es suponer que padecen de una manía hereditaria; pero no es posible dejar que anden divulgando por el mundo sus locas alucinaciones. Hemos de conseguir de cada uno de ellos que confiese su impostura, que confiese las negociaciones habidas para que entraran en la conjura, así como los motivos que tuvieron para buscar su amistad; todo esto es indispensable y tienen que declararlo forzosamente. Hasta que firmen esa declaración pueden quedarse aquí encerrados, vigilados por los buenos monjes, sin que nadie se escandalice de nada de esto, por ser una cosa muy natural y justa á la vez.

—Sí, me parece muy buena idea, dijo Irene. Dígame, añadió con dureza volviéndose hacia Mauricio, ¿está usted dispuesto (ahora ya no le tuteaba) á firmar una declaración confesando la impostura de que se ha hecho culpable y pidiéndome perdón por la traición?

—No firmaré nada que no sea cierto, contestó Mauricio. No traigo conmigo todos mis documentos de familia; los tengo guardados en casa. Tan verdad es que descendemos del hijo mayor de Juan Theophanis, como lo es que usted desciende del más joven.

Irene irguió la cabeza desdeñosamente.

—Esa comparación demuestra claramente el estado lamentable en que se encuentra su cabeza, dijo. Es indudable que usted sufre de alucinaciones; será una buena obra de caridad el tenerle bien sosegado hasta tanto que hayan desaparecido por completo.

—Muy bien dicho. En ese caso puede usted contar al primer cónsul inglés que encuentre su proyecto caritativo, y ya verá usted lo que le contesta.

—El cónsul inglés no diría nada, dijo ella con viveza. Olvida usted sin duda que al alegar que por sus venas corre sangre griega, renuncia deliberadamente á la nacionalidad inglesa y viene usted á ponerse entre mis súbditos, sí, señor, se pone usted entre los míos.

—Siento muchísimo tener que discutir de lo que usted piensa; pero tengo la persuasión, por otro lado, de que cuando usted medite un poco sobre el particular, verá que sucede precisamente todo lo contrario de lo que ahora supone.

—¡Esto es ya demasiado!, exclamó Irene levantándose de su asiento. ¿Por qué he de sufrir que se me insulte, que se me arroje el guante á la cara? ¡Y que esto lo haga precisamente la persona en quien había depositado toda mi confianza!

—Tranquilícese usted, señora, dijo el Sr. Kirileff aprovechando la ocasión para intercalar una juiciosa reflexión. Todos sus amigos han de deplorar seguramente que su impaciencia por sacudir todo yugo y su afición á todo lo extraordinario, la hayan traído á esta situación; pero no dejaremos que luche usted sola. Las instrucciones que traigo son que le pregunte qué planes tiene formados para el porvenir.

—Sí, señor; por el momento irme á cualquier parte, con tal de salir de aquí cuanto antes.

Y al decir esto se dejó caer otra vez en el diván.

—Supongo, dijo el Sr. Kirileff en tono algo severo, que S. A. R. no se hará la ilusión de creer que va á ser recibida en la corte como antes, por lo menos hasta que no se haya olvidado algo el escándalo producido por la excentricidad de su conducta. ¿No le agradaría quedarse aquí?

Irene se estremeció al oir esto.

—¿Aquí? No, señor, no: detesto ya hasta las piedras; necesito ir á una ciudad cuanto antes. Mi salud, mis nervios, todo mi cuerpo ha sufrido muchísimo con las penas y angustias de este mes que ha pasado, y sobre todo con este último desengaño. Necesito además asistencia facultativa y criadas que me sirvan constantemente.

—Sí, verdaderamente ha sufrido usted mucho, y comprendo lo que le pasa ahora. Al venir aquí, la señora Ladoguin, la esposa de nuestro cónsul general en Therma, me rogó la manifestase que podía usted disponer de su casa y de sus servicios por todo el tiempo que le convenga. Es una mujer encantadora y muy instruída; su compañía le servirá de consuelo y de distracción al mismo tiempo.

—Está bien, dijo Irene levantándose de su asiento. No me atrevo á hacer proyectos para el porvenir, sobre todo después de lo que me ha sucedido hoy. Dispénseme usted, caballero, si le dejo. No puedo resistir más.

—Siento muchísimo, señora, haber sido la causa de que haya tenido este disgusto, dijo el Sr. Kirileff, que la acompañó hasta la puerta y notó la mirada fría y desdeñosa que dirigió á Mauricio al pasar por su lado.

Volvió luego á su asiento, cambiando de pronto de maneras, y los monjes se adelantaron para oir lo que iba á decir.

—No quiero perder mucho tiempo ocupándome de ustedes, dijo con desprecio á Mauricio y á Zoe. Ya saben ahora por qué se hallan aquí y lo que tienen que hacer para lograr su libertad. Hasta que lo hagan pueden tener la seguridad que estarán cuidadosamente encerrados. Tengan bien entendido que ya no son huéspedes, sino prisioneros. No tenemos intención de proporcionar á gente intrigante, como son ustedes, las comodidades de un hotel de primer orden. Haga usted que le metan en uno de los calabozos del monasterio, añadió en tono autoritario dirigiéndose al padre Atanasio, y á ella en una de las celdas peores destinadas para las mujeres que vienen en peregrinación.

—¡Pero si hace siglos que no se ocupan los calabozos!, protestó diciendo el monje en mal francés.

—No importa; haga usted preparar uno para el preso. Si hay ratas, tanto mejor. No hay necesidad de emplear amenazas, siguió diciéndole á Mauricio. Su propio criterio, por más que sea usted un inglés de cráneo duro, le hará ver lo que más le conviene. Aquí están ustedes y aquí estarán hasta que escriban y firmen la declaración cuyo borrador les dejaré antes de marcharme. Nadie sabe dónde están ustedes, ni á nadie se le ocurrirá venir á buscarles á un sitio como este. Su alteza real no es vengativa, pero no permite que se juegue con sus derechos, amparados por Escitia. También tengo que decirles que su cómplice, el falso oficial inglés, está á punto de dejar á Ematia, so pretexto de que le llaman á otra parte sus deberes militares.

—Ese hombre no conoce á Wylie, ¿no es verdad, Zoe?, dijo Mauricio al quedarse un momento solo con su hermana, mientras el Sr. Kirileff hablaba con el abad.

El padre Atanasio había ido á dar la orden para que limpiaran el calabozo.

—De fijo que no lo conoce. Ves, Mauricio, ¿crees ahora lo que te dije de Irene? Ya sabía yo cómo se iba á portar con nosotros.

—Eso ha sido un arranque del momento, dijo Mauricio sin inmutarse. Cuando recobre la serenidad y no tenga delante á ese hombre que le hace tantas insinuaciones rastreras, recordará cuanto ha pasado entre nosotros y comprenderá en el acto que no podíamos tener interés en perjudicarla. Era muy natural que las noticias que le ha dado ese hombre le habían de causar una gran impresión, pero mucho lo ha de sentir cuando se percate de todas las cosas que ha dicho.

—Mira, Mauricio, yo no sé como tú eres; creo que te tenderías en el suelo y dejarías con gusto que te pisoteara Irene. Sí, esa..., pero no, no quiero decir nada.

—Sí, ya sé que para ti es muy duro todo esto que nos piden, dijo Mauricio. Por eso, créeme, quisiera que hasta cierto punto nos disociáramos.

—Eso nunca; no abandonaré jamás tu causa, aunque sea tanto mía como tuya. No, continuaremos siempre unidos, aunque se declaren en contra nuestra todas las Irenes del mundo. Me dedicaré desde luego á escribir una novela, que será toda ella fruto de mi ingenio. Hasta ahora no he tenido nunca tiempo para ponerme á trabajar sin que nadie en absoluto viniera á molestarme. Y mientras yo escribo tú madurarás un plan para el gobierno de Ematia. Sí, querido hermano, ten ánimo y no desesperes.

Al decir esto último asomaron las lágrimas á los ojos de Zoe, y su voz, que quería ser alegre, principió á temblar. Mauricio le dió entonces un golpecito cariñoso en la espalda para tranquilizarla.

—Muy bien, Zoe. Ten la seguridad de que el padre Atanasio me cuidará bien. No te aflijas, mujer, que ya verás como Wylie no tarda mucho en presentarse por aquí; ten confianza en él y no pienses tan mal de Irene.

—¡Siempre Irene!

Y al decir esto Zoe dió con el pie en el suelo, al tiempo que se llevaban á Mauricio, quien se volvió y le saludó con la cabeza alegremente.

A ella le pasó en aquel momento por la cabeza una idea muy extraña.

«¿Será posible?—se preguntaba.—¿Se lo diré á Mauricio? No, sería mucho peor para él si luego no resultara cierto. Quisiera, por él, que fuera verdad, y

después de todo, también por ella y por mí. Pero no creo que pudiera hacerlo.»

XVIII

GRANDES EMBUSTES

A Zoe le pareció que á pesar de llamar calabozo al encierro de Mauricio y celda al suyo, el cambio de situación resultaba mucho más penoso para ella que para él. Su nueva habitación era muy pequeña, muy sucia, enteramente desamueblada y casi sin luz, porque no había más que una pequeña abertura enrejada junto al techo, que no se le podía llamar ventana por la poca claridad que entraba por ella y por sus escasas dimensiones. Y además Mauricio tenía al padre Atanasio, que le atendía y se cuidaba de él con gusto, mientras que la vieja que servía á Zoe de carcelera parecía que realmente disfrutaba con sus sufrimientos. Su actitud era ya de por sí muy provocativa; pero Zoe se mantuvo firme, y á la media hora de entrar en su nuevo alojamiento le obligó á que le trajera una escoba, la manta y demás efectos suyos que se habían quedado en la habitación que ocupaba antes en compañía de Irene. Después de quitar el polvo secular de las paredes y techo de la celda, resultó más clara que antes; y con la faena de la limpieza y de tender la manta sobre el banco de piedra y formar una almohada con la demás ropa, se le fué pasando poco á poco la indignación é incomodo que sentía contra Irene, pudiendo entonces fijar el pensamiento en otras cosas que le halagaban mucho.

No eran palabras ociosas las que había dirigido á Mauricio, ni se las había dicho tampoco con el único objeto de consolarlo. La idea de escribir una novela se le había ocurrido de verdad, y no podría descansar ni quedar tranquila un momento hasta que no principiara á trabajar en ella, porque en todo el mes últimamente transcurrido había estado fuera de su medio ambiente y apartada de sus habituales ocupaciones. Sentía que iba á ser una obra maestra, latiéndole ya el corazón con el extraño latir que siempre le causaba el idear algún asunto nuevo. ¡Ah, se decía, si tuviera sus cuadernos en blanco! Pero ya que no veía el medio de tenerlos, pensaría allí á solas con mucho más detenimiento, pensaría con regla y compás, á fin de poder escribir de memoria la novela en cuanto se viera en libertad.

Las paredes de la celda estaban blanqueadas de yeso, y un pedazo de clavo lleno de herrumbre que encontró al hacer la limpieza, pensó que le podía muy bien servir de punzón. La gran excitación de la mañana formaba marcado contraste con la tranquilidad de la tarde, pues la pasó muy á gusto entretenida en bosquejar los capítulos de su obra, lo que hizo nacer en el ánimo de su carcelera terribles sospechas, porque se imaginó que aquellos signos misteriosos trazados en la pared debían de ser por fuerza alguna especie de conjuro dirigido contra la prosperidad y bienestar del monasterio.

A la mañana siguiente se puso de nuevo á trabajar con entusiasmo en cuanto terminó la limpieza de su habitación, y no pudo disimular su impaciencia cuando al poco rato entró su guardiana diciéndole que la siguiera. «Sígueme pronto, niña,» fué lo único que entendió, porque nunca podía comprender bien lo que le decía su carcelera, como la llamaba Mauricio. Salió detrás de ella, bajando los viejos escalones carcomidos por la acción del tiempo, y encontró en el patio á Irene acompañada del Sr. Kirileff; su novela no la tenía tan preocupada que la impidiera reparar con placer que Irene estaba muy pálida y disgustada. El Sr. Kirileff fué el que dirigió la palabra á Zoe, después de recibir el permiso de Irene, que se lo dió con un gesto imperioso.

—Su Alteza Real, dijo, se empeña aún en salvarla del castigo merecido por la terquedad de su hermano. Si quiere usted firmar la declaración que he redactado, se le permitirá que la acompañe hasta Therma, y por efecto de su gran bondad procurará ella, una vez allí, que le proporcionen los medios de llegar hasta su casa.

—Muchas gracias; prefiero quedarme aquí, contestó Zoe con sequedad. No puede usted imaginarse el gran favor que me hacen deteniéndome donde nadie venga á visitarme. Hasta ahora no he tenido un momento ocioso, y aún me queda labor para algún tiempo.

El Sr. Kirileff no trató de ocultar su asombro, é Irene intervino diciendo, con el tono lánguido del que está cansado de hablar de un mismo asunto:

—Me da usted compasión, porque sé que su imaginación exaltada la hace tomar por realidades las más disparatadas visiones. A su hermano no me atrevo á decirle nada, porque no tiene la misma disculpa. Si fué usted la que inventó esa impostura y le indujo á tomar parte en ella, le aconsejo que deshaga el daño ahora que está usted á tiempo, y no lleve por mal camino á un joven que por otra parte es muy digno de estimación. El buen padre Atanasio le llevará cualquier recado que quiera usted mandarle para que se someta, pero no se lo llevará si fuera de otro tenor.

—Siento que se haya tomado esa molestia, porque no hay necesidad de mandar á mi hermano ningún recado, dijo Zoe. Cuando haya tenido usted tiempo de pensarlo maduramente y se dé cuenta de lo que ha hecho, entonces seré yo la que le tendré lástima, Irene.

—Me parece que no hay necesidad de que prolonguemos más esta entrevista, dijo Irene al señor Kirileff.

Y volviéndose después á Zoe añadió:

—No es fácil que volvamos á vernos; pero si cambia usted de modo de pensar tendré sumo placer en concederle mi protección.

Zoe se volvió muy furiosa á su celda y pasó algún tiempo antes de poder recobrar la tranquilidad necesaria para proseguir su obra; entre tanto Irene fué á prepararse para emprender su viaje á Therma en compañía del Sr. Kirileff, que tenía caballos, tiendas de campaña y criados que esperaban al pie de la montaña y una moza que habían contratado en el pueblo inmediato para que sirviera á Irene por el camino. La trataban con la mayor deferencia, consultándola siempre la hora en que habían de hacer alto ó debían volver á emprender la marcha; pero á pesar de esto la tenía sujeta á una continua vigilancia.

Dentro de la tienda no la perdía de vista la criada, fuera seguían todos sus pasos dos *cavasses* y en las marchas el Sr. Kirileff la acompañaba cabalgando detrás, siempre á la distancia exacta de rigor y con la atención fija en ella ó en el camino. Él procuraba siempre que la conversación recayera en Mauricio y en Zoe ó en sus aventuras mientras estuvo en poder de los bandoleros; pero las manifestaciones de ella daban muy poca luz. Decían tan poco que no era posible formar ninguna conclusión precisa, ni tampoco podía conjeturarse nada. Sintiendo á la vez resentimiento y satisfacción, la dejó el Sr. Kirileff por último al cuidado de la señora Ladoguin, á quien comunicó á solas sus últimas instrucciones.

—Desearé que tenga usted más suerte con nuestra encantadora princesa que la que yo he tenido, le dijo. Ya no me admira que pudiera fraguar su fuga de Escitia y llevarla á cabo del modo que lo hizo.

—No le extrañe á usted, contestó la señora Ladoguin; después de sus recientes aventuras, no era de esperar que fuera á depositar su confianza en persona tan joven y amable como usted. ¿Se lo había usted imaginado?, preguntó sonriéndose. Verdad es que tratándose de una mujer como ella que conoce el mundo, la cuestión es muy diferente.

—Si hay alguien en la tierra que pueda conquistar su confianza, es sin duda Clariclea Feodorovna, dijo el Sr. Kirileff con todas las apariencias de una profunda convicción.

Y añadió á continuación:

—¡Ojalá lo consiga!

—¿Cómo?

La nota de súbita alarma que vibró en la voz de la señora, indicó que presentía algún peligro.

—¿Cree usted que siente alguna simpatía por el impostor?

—En la actualidad, ninguna; pero tratándose de una mujer, siempre es de temer un cambio de modo de pensar. Hay algo en el joven Smith que desorienta por completo. A un individuo de cualquier otra nación á quien se probara que había cometido una vil traición en presencia de una dama cuya buena opinión ha de tener en mucho, hubiera protestado, hubiera rogado y afirmado que era inocente. Pero ese impertérrito inglés ni tan siquiera se ha tomado la molestia de aducir la más mínima disculpa. Se contenta con afirmar que está en su derecho y lo dice de un modo que implica lo muy poco que le importa que ella le crea ó no; la pone fuera de sí insistiendo en afirmar la legitimidad de sus pretensiones. Hay algo que choca mucho en esa ingenuidad salvaje.

—Verdaderamente es muy raro todo eso, dijo la señora Ladoguin. ¿Pero cree usted que ha causado alguna impresión en ella ó que se la podrá causar más tarde?, preguntó á continuación.

—En usted confío y de usted depende que no suceda tal cosa. Confieso que hubo momentos en que me asusté mucho. Me pareció haber visto en su semblante cierta satisfacción cuando por primera vez le expliqué la verdadera índole del complot de que había sido víctima. Pero se disipó pronto, en cuanto le indiqué los sórdidos móviles y el nacimiento burgués de los conspiradores. Ella hubiera preferido mil veces que su rival fuera un aldeano en vez de ser un joven decente de la clase media.

—Yo creía que esos Teffany, quiero decir esos Smith, pertenecían á la pequeña nobleza, á eso que los ingleses llaman *gentry*, dijo la señora Ladoguin.

El Sr. Kirileff se sonrió al oir esto de un modo muy significativo.

—Esa es una idea que la suplico olvide por completo lo antes posible. Para la princesa no conviene que sean otra cosa que unos labradores acomodados. Ya se lo recalqué bien cuando le hice ver que si hubiera llegado á caer en manos de Panagiotis, le hubieran propuesto que se casara con el joven Smith si quería conservar la vida.

—Me ha preparado usted bien el terreno, Boris Constantinovitch. ¿Y demostró ella repulsión?

—Demostró más que repulsión; demostró una gran pena. Y por eso el inocentón del Sr. Smith preguntó muy incomodado qué podía yo haberla dicho para disgustarla y afligirla tanto.

—¡Ah! Esos incidentes inesperados destruyen el efecto de las comedias mejor representadas. ¡Pero ese joven es verdaderamente inaguantable!

Luego añadió con repentina viveza:

—Supongo que no habrá usted dejado de indicar á la princesa que en caso de volver á fugarse se vería Escitia en la precisión de abandonar sus pretensiones y proteger las de otro pretendiente. Eso la suavizaría mucho.

—¡Usted me asusta, señora!, exclamó el Sr. Kirileff. ¿No comprende usted que el único asidero que tenemos para conseguir dominarla, estriba en mantenerla en la creencia de que sus derechos son los únicos que merecen tenerse en cuenta? La más simple indicación de que ese joven pudiera tener de su parte un asomo de razón, sería lo bastante para echarlo todo á perder. Se vendría abajo en un momento la barrera de repulsión que con tanto trabajo he levantado; creería ella ser la usurpadora y no él, y aun cuando continuáramos apoyándola, desaparecería por completo la energía moral que le da la convicción profunda de la legitimidad de su derecho.

—Lo comprendo perfectamente, respondió muy despacio la señora Ladoguin. Francamente, me extraña mucho que siendo esa la situación, la haya usted traído aquí. No quiero decir con esto que no la vigilaré yo cuanto pueda; pero en una ciudad como esta hay muchas probabilidades de que ocurra algo malo. Panagiotis está aquí cerca, y á ese capitán Wylie le tengo yo mucho miedo. Desde que le jugaron la mala pasada de hacerle pagar el rescate sin poner en libertad á sus amigos, no deja á nadie en paz. El cuerpo consular está ya tan harto de él como lo están las mismas autoridades, y ahora ha recurrido al embajador en Czarigrad. En cuanto se entere de que la princesa está en casa, puede usted tener por seguro que deseará verla para que le diga dónde están los Smith, y acaso logre convencerla de que las pretensiones de ellos son las legítimas.

—No tiene que verla, contestó él al momento. ¿Pero cree usted que yo se la hubiera entregado si no tuviera en usted entera confianza? Usted ha de componérselas de modo que no sepan nada el uno del otro. El médico recetará á la princesa mucha quietud y tranquilidad, le encargará que no reciba más que á los amigos íntimos de usted, nunca á los extraños; ¿me comprende usted ahora? Su hermano de usted podrá tenerla al corriente de lo que haga el capitán Wylie, y mientras éste se halle en la ciudad no debe usted ir á ningún sitio donde haya probabilidades de encontrarse con él, y ha de tener usted especial cuidado de que no se sepa por medio de las criadas adónde piensa usted ir á pasear en coche. No creo que él se atreva á entrar violentamente en el consulado; pero en caso de atreverse no dudo de que su marido de usted rechazaría la fuerza con la fuerza; la opinión pública estaría entonces de su parte. Y si valiéndose de alguna estratagema lograra entrar, yo tengo la seguridad de que usted sabría cómo habría de tratarle.

—Por esa parte puede usted estar tranquilo. Lo que yo temo es el escándalo y las importunidades. No puede usted formarse una idea de lo terco que es ese hombre.

—Lo comprendo perfectamente. Veo que es un gran inconveniente que la princesa tenga que detenerse en Therma. ¿Pero qué vamos á hacer? Muy bueno es que se publique que el motivo de su marcha fué para cumplir una promesa; pero en el círculo de la corte todo el mundo sabe la verdad de lo sucedido, y no hay que esperar por lo tanto que se la reciba allí como si nada hubiera pasado. Sus Majestades Imperiales están sumamente enojadas.

(Se continuará.)

LA DEFENSA DE LOS BISONTES EN LOS ESTADOS UNIDOS

En el número 1.210 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un artículo de Enrique Varigny, en el que se explicaba cómo se han efectuado en América las grandes matanzas de bisontes, algunos millones de los cuales fueron exterminados en el corto período de cuatro años (1871 á 1875). También en Europa ha sido perseguido con gran saña por los cazadores, resultando de todo ello que así en el continente americano como en el europeo, la raza de los bisontes estuvo seriamente amenazada de una total extinción y hubo momentos en que casi pudo darse por totalmente desaparecida esa especie de rumiantes, que es uno de los testigos de los primeros pasos y de las primeras vacilaciones del hombre en la tierra.

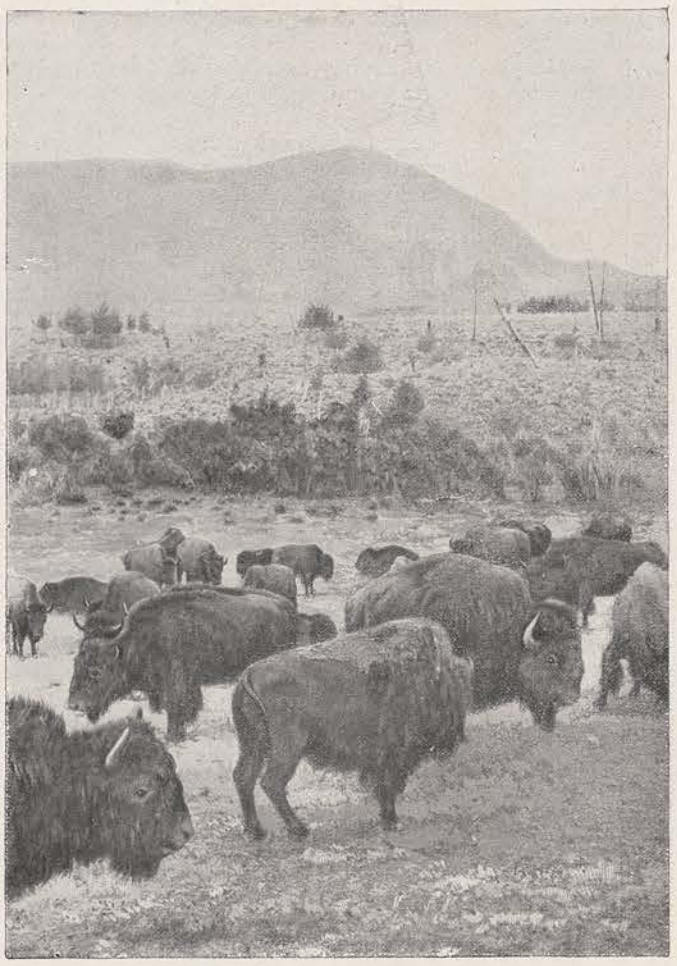
Bien es verdad que así en América como en Europa se habían adoptado algunas prudentes medidas de protección, encaminadas á conservar por el mayor tiempo posible los últimos restos de los inmensos rebaños primitivos: en unas partes los aficionados ricos, y en otras, como en Lithuania, los gobiernos habíanse dedicado á esa obra de grandísima utilidad, y aun se habían llevado á cabo, con excelente resultado, cruzamientos de bisontes con vacas; pero todas esas tentativas nada resolvían en definitiva y no eran más que paliativos destinados á lo sumo á retardar, pero en manera alguna á impedir el desenlace normal de un caso desesperado, desenlace que todo el mundo consideraba fatal é inevitable.

Ahora bien; á pesar de tan tristes pronósticos, ¿nos hallaremos al presente, por fortuna, en un período de crisis favorable en la historia del bisonte? Ciertas noticias recientes que de América nos llegan, parecen autorizar esa suposición y alentar esa esperanza, puesto que nos anuncian que se está realizando un ensayo serio, no solamente de conservación, sino, además, de regeneración del bisonte.

Preciso es confesar, por otra parte, que el amor propio de los americanos estaba en cierto modo interesado en esa obra de resurrección á fin de hacerse perdonar la manera brutal con que en el período de diez años á lo sumo (1870-1880) había sido exterminado el bisonte en las regiones septentrionales y meridionales de los Estados Unidos. De las indicaciones suministradas por Enrique Varigny en su citado artículo, escrito sobre la base de los estudios de los Sres. Hornaday y Bunn, no es exagerado calcular en 30 ó 40 millones por lo menos el número total de los bisontes muertos durante la sanguinaria década á que hemos hecho referencia. Esta sola cifra es la mejor prueba de la persecución terrible de que aquellos animales habían sido víctimas, é indica cuán reducido debió ser el número de los que escaparon á tan terribles matanzas.

El número de estos últimos, ó á lo menos el de sus descendientes, es conocido porque una vez consumado el mal que parecía irremediable, no tardó en producirse un saludable movimiento de reacción y de reprobación, habiéndose llevado á cabo, como consecuencia del mismo, algunos censos sumamente exactos á fin de saber hasta dónde había llegado el daño cometido.

Y este es el fundamento de la esperanza que al principio formulábamos. En efecto, según el censo de 1903 (y conviene tener en cuenta que no hay razón alguna para dudar de la exactitud de las cifras, con una diferencia de unas pocas unidades), el número de los bisontes americanos ascendía á 1.419, comprendiendo en esta cifra 109 individuos pertenecientes á colecciones europeas; al paso que según el nuevo y último censo de 1.° de enero del año actual, el número de individuos de raza pura era de 2.047, sin contar 345 *cattloes* ó híbridos obtenidos por cruzamiento. De modo que en cinco años se ha realizado un aumento de 628 individuos, ó lo que es lo mismo, de un 44 por 100.



El rebaño de bisontes cautivos de Yellowstone Park

Este feliz resultado se debe á la iniciativa privada, tan poderosa, como es notorio, en los Estados Unidos. En efecto, una sociedad especial, la *American Bison Society*, fundada en 1906 y cuya presidencia de honor fué conferida á Mr. Roosevelt, ha tomado á su cargo la defensa de los últimos bisontes, agrupando para ello en un sindicato de protección á la mayoría de los cuarenta y cinco propietarios ó criadores de bisontes del Canadá y de los Estados Unidos. Por otra parte tenemos el hecho del rebaño de bisontes de la tribu india de los Cabezas Achatadas; el jefe de éste, Miguel Pablo, había reunido en su *reserva*, situada en el Estado de Montana, unos treinta bisontes que, gracias á sus inteligentes cuidados, no tardaron en convertirse en un rebaño numeroso, vendido á precio de oro al gobierno canadiense.

El buen éxito de esa tentativa sugirió á Mr. W. Hornaday, presidente efectivo de la *American Bison Society*, la idea de convertir el territorio de aquella reserva de los Cabezas Achatadas, ó por lo menos una parte del mismo, en una especie de vasto parque destinado á la cría y á la regeneración de los bisontes; mas como la Sociedad del Bisonte no podía ni quería correr por sí sola con los cuantiosos gastos de tamaña experiencia, y como, por otra parte, se trataba, al propio tiempo que de una empresa mercantil, de una obra de utilidad pública, Mr. Hornaday solicitó la cooperación del gobierno norteamericano.

Después de un primer bill votado por el Senado y en el cual se aceptaba en principio el proyecto concebido por Mr. Hornaday, la Cámara de los Representantes emitió también un voto en el mismo sentido, y el resultado de ello ha sido la creación del *Montana national Bison Range* (Parque nacional del Montana para el Bisonte), debida en gran parte á la intervención personal del presidente de la República.

La Sociedad del Bisonte facilita al parque nacional el rebaño que servirá de punto de partida; en cambio el gobierno de la Confederación toma á su cargo los gastos de instalación y entretenimiento, habiendo abierto desde luego un crédito de 30.000 dólars (algo más de 150.000 pesetas) destinado á la compra de un territorio de veinte millas cuadradas en la reserva de los Cabezas Achatadas, y otro de 10.000 dólars que se empleará en la construcción de las vallas y de los abrigos necesarios y en otras análogas atenciones.

Por último, la *American Bison Society* ha abierto una subscripción nacional é internacional para recoger adhesiones y cuotas, á partir del mínimo de un dólar, á fin de reunir los otros 10.000 dólars que se necesitan para procurarse un rebaño de pura sangre de un número determinado de cabezas.

Vallados del departamento de los bisontes en el Yellowstone Park

Hablar de una victoria sería, á no dudarlo, prematuro; pero desde ahora cabe confiar seguramente en los buenos resultados de una obra que tiene por base, de una parte, el admirable espíritu organizador de los norteamericanos, y de otra, la asombrosa vitalidad del bisonte.

Si estos buenos resultados se consiguen, no se tratará, como algunos con censurable ligereza opinan, de la simple satisfacción de una pasión de arqueólogo; el bisonte, como tantos otros seres, cosas y fuerzas de la naturaleza, es domesticable y puede ser utilizado de muchas maneras por el hombre.

A éste toca, pues, no malgastar las riquezas del mundo, y es su deber no sólo no malgastarlas, sino reconstituirlas cuando, después de haberlas malgastado, advierte á tiempo sus errores.

MARCELO BLOT.

El segundo globo dirigible militar inglés efectuando sus primeras pruebas. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

No hace todavía un año, el primer globo dirigible inglés, construído por el ministerio de la Guerra según los planos del coronel Templer y de Mr. Mac-Wade, y al que se había bautizado con el nombre de *Nulli-Secundus*, fué destruído totalmente por una ráfaga de viento, después de haber efectuado con excelente éxito varias pruebas y de haber practicado varias evoluciones sobre la ciudad de Londres.

Inmediatamente procedióse á la construcción de otro, bajo la dirección del coronel E. J. Capper, y ese nuevo aeróstato militar ha realizado en los talleres de Farnborough algunos ensayos que permiten esperar buenos resultados de la prueba definitiva. En uno de ellos elevóse á la altura de 350 metros; pero habiéndose roto la cadena que mueve las hélices, los aeronautas hubieron de descender á tierra.

El dirigible militar número 2 se parece mucho, en sus líneas generales, al *Nulli-Secundus*, pero el sistema de suspensión de la barquilla al globo es enteramente distinto y además se ha suprimido la red de cuerdas. La envoltura de cuero va cubierta por un delgado saco de seda, en cuyos extremos hay los juegos de cuerdas que sostienen una ligera armazón de acero, la cual, á su vez, sostiene otra armazón semi-rígida, de la que penden la barquilla, los motores y los aparatos de dirección.

La distancia entre la barquilla y el globo es de unos tres metros. El motor tiene una fuerza de 80 caballos.

Los círculos militares ingleses están muy satisfechos del nuevo aeróstato y esperan que ha de prestar excelentes servicios.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

En todas las Farmacias del Globo.
INSTRUCCIONES SOBRE EL EMPLEO DEL JARABE DE LABARRE Y SOBRE LOS Sufrimientos de los Niños
FUMOUZE — PARIS
Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre
y el Sello de la "Union des Fabricants".

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Todas las parisienses elegantes emplean la
Crema de Siva
que conserva á la piel su frescura y su aterciopelamiento, que evita las arrugas y las manchas de rojez, y que proteje al cutis contra las influencias atmosféricas.
COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
57, rue St. Lazare, PARIS
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS
Depositario en España
PÉREZ, MARTIN, VELASCO Y C.ª—MADRID

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Transporte en barca de una casa entera con sus habitantes de un sitio á otro de la orilla del río Hudson (Estados Unidos)
(De fotografía de Carlos Trampus.)

Es bien sabido que no hay gente como los yanquis para realizar las cosas más extraordinarias, y aunque, por esta misma razón, han sido á menudo forjados á costa suya los mayores *canards*, es lo cierto que en muchas ocasiones la realidad ha superado, tratándose de cosas de aquellas tierras, á lo que la imaginación pudiera concebir. De aquí el nombre de país de las posibilidades sin límites que se ha dado á la América del Norte.

Un ejemplo reciente de lo que sus progresos técnicos les permiten acometer es el hecho que la adjunta fotografía reproduce: una casa situada á orillas del río Hudson ha sido arrancada, por decirlo así, del suelo, cargada entera en una barcaza y trasladada á otro sitio, como la cosa más natural del mundo. Y no se trata de una vivienda pequeña, sino de un edificio de dos pisos, con la particularidad además de que los inquilinos no han tenido que desocupar sus habitaciones, sino que ellos y sus muebles, todo ha sido transportado en bloque en esa original mudanza.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disentería,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN